Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Not Another Love Song*

© 2024, Julie Soto
© 2025, de la traducción por Marta Cueva Camblor
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN:978-84-10080-20-1
Código IBIC: FR
DL: B 6.000-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Endoradisseny

Impreso en octubre de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Julie Soto

No más canciones de amor

Traducción de Marta Cueva Camblor



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para mamá, que no me dejaba tocar el violín.
Bien hecho.

Capítulo 1

Cuando Gwen estaba en el instituto, estudió una frase de Shakespeare que decía que la música era el alimento del amor. A los dieciséis años, mientras leía esa frase, Gwen pensó que entonces tal vez su vida amorosa iba por buen camino. Después de cinco años de clases de violín y a medio camino de tocar en el *Concierto para violín* de Chaikovski, se iría al conservatorio Juilliard, se enamoraría de otro músico y, como se suele decir, compondrían dulces melodías durante el resto de sus vidas.

Pero tras once años de nada excepto violín y exactamente cero buenas historias de amor, se acababa de dar cuenta de que Shakespeare era un mentiroso de mierda.

El conductor de Uber se detuvo y se giró hacia el asiento trasero, donde estaba ella.

–¿Es aquí?

Gwen se quitó los cascos de un oído para dejar de escuchar el violonchelo eléctrico de aquella canción versionada de Imagine Dragons, y miró a través de la ventana tintada hacia la casa.

Bueno, mansión.

O palacio, mejor dicho.

Siguió con la mirada al personal del *catering* y a los auxiliares floristas subiendo por el camino de la entrada y la posó sobre el aparcacoches que se estaba dirigiendo hacia el coche. ¿Un maldito aparcamiento? ¿En medio de Nueva Jersey?

–¡Pues eso parece! –dijo–. Muchas gracias. Aquí todo es de cinco estrellas.

Cogió el estuche en el que llevaba su violín, se arregló el vestido negro y se bajó del coche, avisando al aparcacoches de que ella también era parte del personal y no tenía que sostenerle la puerta.

Gwen se quedó mirando los dos pisos de ladrillo blanco que se

extendían sobre el césped. En Manhattan podría ocupar media manzana, pero en las afueras de Nueva Jersey era majestuoso. Sostuvo el estuche de su violín pegado a su cadera, se apartó el flequillo castaño oscuro de los ojos y siguió al resto del personal por el camino de la entrada hasta el patio trasero.

O parque.

O monumento nacional, probablemente.

Se quedó embobada con aquel césped tan suave, los árboles tan meticulosamente colocados, el estanque y… ¿cisnes? ¿Cisnes de verdad? Ya había celebrado bodas en otros jardines, pero nunca en jardines como aquel. A su izquierda, cerca del garaje con capacidad para tres coches, la zona reservada para la celebración se había habilitado con una pista de baile y veinte mesas redondas. Delante de ella, un hermoso arco floral yacía orgulloso frente a las hileras de sillas, y a su derecha, había un enorme piano Steinway negro colocado sobre el césped. Un chico joven de piel morena le saludó desde detrás de aquel piano: Jacob, su compañero de piso y de dúo, y mejor amigo.

Gwen consultó la hora en su móvil a la vez que se acercaba a él.

Las 15:07 h.

Nunca llegaba tarde. Era humillante.

No se había llevado muy bien con el tráfico de Nueva Jersey, y tuvo que llamar a ese Uber desde en medio de la nada de aquella ciudad solo para llegar a una hora decente. El trayecto terminó costándole la mitad de lo que le pagaban por el concierto, pero jamás se perdonaría a sí misma si arruinaba su reputación de cara a otras bodas de lujo.

–Bienvenida a casa, *darling* –bromeó Jacob cuando ya estaban cerca.

Estaba muy elegante con su camisa negra abotonada y remangada hasta los antebrazos y aquellos pantalones grises.

–*Darling*, quiero esta casa –canturreó ella con el increíble acento inglés transatlántico que ponía siempre que paseaban por vecindarios bonitos–. Dile a Harold que nos haga un buen precio. ¡Me da igual cuánto cueste!

–Lo he mirado en Zillow cuando venía hacia aquí –respondió él con sus ojos marrones muy brillantes–. Ocho habitaciones, Gwen. Ocho.

–¿Y el precio?

–No te lo voy a decir, te desmayarías.

Gwen resopló y sacó su carpeta. Ya tenía su atril preparado y una silla para ella, lo que respondía a la pregunta de si preferían que estuviera sentada o de pie.

Jacob había conseguido aquel concierto la semana anterior. El dúo original había cancelado su actuación porque uno de ellos se había roto la muñeca, y la asistente de la organizadora de bodas se había puesto en contacto con ellos para cubrir la vacante de última hora. Por suerte, Gwen no tenía planes para el sábado por la tarde, porque la suma que les pagarían por aquel concierto era exageradamente alta.

–La organizadora de bodas acaba de pasar por aquí. Le he dicho que tu Uber estaba a punto de llegar, así que me alegro de no haberle mentido.

–¿Está enfadada?

Gwen abrió el estuche de su violín.

–No, pero esa dama de honor me está poniendo enfermo –dijo Jacob, agitando la mano delante de su cara con desdén–. No para de preguntarme por qué todavía no estoy tocando, y yo estoy en plan: «¿Por qué no nos metemos cada uno en nuestros propios asuntos, Chelsea?».

Ella soltó una carcajada.

–¿En serio le has dicho eso? –preguntó Gwen.

–Claro que sí. Necesita arreglar lo que sea que tenga en la cabeza antes de venir aquí a preguntarme nada.

Gwen sonrió, miró a su alrededor y bebió de su cantimplora. La temperatura era fresca, pero el sol les daba de lleno, así que se alegró de haberse puesto protector solar para evitar ponerse roja como un tomate.

Para Gwen, tocar en las bodas era como estar de vacaciones. No solo tenía que tocar el violín en lugares bonitos, sino que también cobraba bastante bien por ello. Y Jacob y ella se apoyaban mutuamente y se intercambiaban el rol principal, en lugar de ser unos de tantos en un conjunto más grande. Aunque, por supuesto, también adoraba esa parte. Sus días de trabajo con la Manhattan Pops, la mayor orquesta de música popular de Estados Unidos, era algo que no cambiaría por nada del mundo, pero no había nada como actuar de solista delante de un público. Le encantaba aquella emoción. Y

las bodas eran algo que no requería tanta presión, en cierto modo. No estaba allí para sorprender a nadie, sino para tocar.

–Mira –dijo Jacob. Señaló con la cabeza hacia donde había tres mujeres, de las cuales dos llevaban vestidos de damas de honor–, ¿ves a la dama de honor morenita? Esa es Chelsea, la preguntona. ¿Y ves a la bajita de pelo castaño que tiene ese rollo de bruja bohemia tan chulo? Esa es la organizadora de bodas. Y a la dama de honor rubia, ¿no la reconoces?

Gwen se encogió de hombros.

–Es Hazel Renee, una modelo. Tiene su propia marca de maquillaje y todo. Y también hizo una película.

Gwen le lanzó una mirada a la rubia antes de decir:

–Qué guay.

–¿«Qué guay»? –Jacob suspiró–. Gwen, hazme caso. Podría estar cualquier persona en esta boda, ¡esto es demasiado!

Se le aceleró el corazón, pero no dejó que sus nervios se apoderaran de ella. Antes de que pudiera «hacerle caso», vio a la organizadora de bodas acercarse a ella.

–Hola, tú debes de ser Gwen –dijo la chica bajita–. Soy Ama Torres.

Parecía más joven que Gwen, pero era imposible. Tenía el porte y la confianza de alguien que estuviera todo el día rodeado de misiles nucleares.

Gwen le estrechó la mano.

–Siento haber llegado unos minutos tarde.

–No te preocupes –respondió Ama con una sonrisa firme que le dio a entender a Gwen que probablemente no debía cometer ningún error más durante aquel día. Consultó su reloj–. Todavía quedan veinte minutos para que lleguen los primeros invitados, así que puedes dedicar ese tiempo a preparar tus cosas. Mis asistentes andan de aquí para allá, así que si te hace falta algo no dudes en preguntarles.

Ama parecía estar a punto de volverse y marcharse rápidamente cuando se detuvo y miró hacia los pies de Gwen.

–¿Necesitas que te ayude a sacar el estuche del coche?

Gwen se sintió perdida.

–¿Mi estuche?

Ama miró a Jacob y después a ella.

–¿Y tu violonchelo?

Gwen abrió la boca y después la cerró. Oyó cómo las llaves de Jacob dejaban de tintinear detrás de ella.

–¿Mi qué?

Inclinó la cabeza, con la intención de escucharla mejor.

–Pedí un piano y un violonchelo.

Jacob se levantó del banco del piano.

–El correo electrónico de tu asistente pedía a este dúo, y este es un dúo de piano y violín.

Ama trató de asimilarlo.

–Ah. –Asintió ligeramente unas cuantas veces, mirando hacia el suelo–. Bueno. Vale. Bueno –Dirigió sus dedos hacia su largo collar, haciéndolo girar distraídamente, pero Gwen notó que su mente iba a la velocidad del rayo–. Estábamos tan empeñados en buscar un nuevo dúo tan rápidamente que no me aseguré cuando mi asistente os encontró…

Gwen se percató de que Ama estaba buscando una respuesta que no existía.

Jacob se aclaró la garganta.

–Te garantizo que somos muy buenos.

–Ya, estoy convencida de que lo sois –respondió Ama, frotándose las sienes–. Pero Sonya quería específicamente un violonchelo.

Gwen intercambió una mirada silenciosa con Jacob. No era la primera vez que les pasaba. La gente siempre pensaba que quería un violonchelo, cuando en realidad quería un cuarteto de cuerda.

–Un momento –dijo Ama, con la voz tensa, y se giró sobre sus talones para cruzar el césped hacia un tipo alto con un moño masculino que estaba retocando las flores del arco nupcial.

Gwen vio cómo Ama le hacía gestos con ojos de pánico y cómo el tipo puso sus manos sobre los hombros de ella y empezó a trazarle círculos suavemente.

Gwen dejó escapar un suspiro tenso.

–No sé qué decirle –dijo, volviéndose hacia Jacob–. No conozco a nadie que pueda estar aquí para las cuatro.

–Gwen –respondió Jacob, sacudiendo la cabeza–. Te contrataron para esta boda. Aunque supiéramos de algún violonchelista a una calle de aquí, yo sin ti no toco.

Ella estaba a punto de rebatirle, sintiendo el estrés de Ama flotando

por el césped hasta ella, cuando oyó una voz fría que le decía desde su izquierda: «¿Y tu violonchelo?».

Gwen miró hacia atrás y vio a la dama de honor morenita, Chelsea, con las manos en las caderas y con la mirada atenta. En realidad, le resultaba familiar, pero Jacob no había mencionado que la conociera. No había forma de que Gwen reconociera a algún famoso y que él no.

Antes de que pudiera responderle, Ama ya estaba de vuelta.

–Vale, vale, vale –dijo precipitadamente, y después preguntó con cierta esperanza–: ¿Sabes tocar el chelo?

Gwen parpadeó.

–Sé tocar el chelo imaginario más o menos igual de bien que sé tocar el violín imaginario.

–Mi cerebro no es capaz de procesar el sarcasmo ahora mismo –contestó Ama intensamente–, así que… Si te traemos un violonchelo, ¿podrías tocarlo?

–Las cosas no son así –respondió Jacob, al ver que Gwen no respondía de inmediato.

Sí que sabía tocar un poco el violonchelo. Su profesora de violín le había dado algunas lecciones cuando estaba empezando para evaluarla con cada uno de los instrumentos de cuerda y ver cuál le iba mejor. Y Gwen necesitaba ese trabajo, sobre todo después del Uber. Jacob también necesitaba el trabajo, y ambos necesitaban la propina, que podían ser cero dólares si no lo hacían bien.

Chelsea se burló en silencio y dijo:

–Está claro que no sabe. Espero que no les pagues mucho.

–Sí que sé –respondió Gwen, con el mismo rencor que reservaba a los hombres que dicen: «Mira lo cuadrado que estoy».

Ama buscó la solución en su rostro. Gwen oyó que Jacob estaba empezando a protestar.

Chelsea entornó los ojos y dijo:

–Voy a ver si Alex ha salido ya.

Sacó su móvil del bolsillo y se marchó.

Ama apretó el brazo de Gwen y susurró:

–Gracias, gracias. –Se alejó de ellos, aunque Gwen pudo oírla diciéndose a sí misma en voz baja–: Nunca pensé que me gustaría que Alex llegara tarde, pero…

–Gwen –Jacob estaba junto al piano con la boca abierta–, son

dos instrumentos completamente diferentes, ¿vale? Son como dos músculos distintos.

–Lo sé.

Gwen se dejó caer en la silla y abrió la carpeta para partituras con los dedos temblorosos. Se quedó mirando las partituras, página por página, imaginando la digitación.

Esa era una de las mejores y peores cualidades de Gwen: complacer a la gente. Comprometerse en exceso. La mayor parte del tiempo brillaba y cumplía de verdad, pero otras veces era verdaderamente desastrosa: hizo una doble reserva para una boda y un concierto como suplente en una orquesta de Broadway, faltó a citas médicas para ensayar en el último momento, aceptó trabajos como paseadora de perros con siete correas y solo dos manos…

–¿Cuándo fue la última vez que tocaste el chelo?

–Ocho…, creo que hace nueve años –dijo mientras seguía concentrada en las notas que había delante de ella.

Por desgracia, la música que tocaba en su violín estaba en clave de sol, lo que significaba que tenía que desconectar parte de su cerebro, leer las notas en la página y decirles a sus dedos que tocaran esas notas, independientemente de la octava.

Jacob sacó su iPad y empezó a buscar las piezas que estaban tocando en versión para violonchelo, pero necesitaba el wifi para hacerlo. Justo cuando se puso a preguntarle a alguien la contraseña, llegaron los primeros invitados. Debía comenzar a tocar la música previa a la ceremonia.

Gwen sabía que probablemente parecería bastante estúpida. Tuvo que sentarse silenciosamente sin tener ningún violonchelo, y estudiarse las partituras en vez de empezar a tocar. No supo cuánto tiempo estuvo allí sentada mirándolas. El corazón le latía cada vez más rápido por cada nuevo invitado bien vestido que accedía al jardín, y su cabeza le iba a mil con las alteraciones que estaba haciendo mentalmente.

A lo mejor no llegaban a tiempo con el violonchelo. A lo mejor debían conformarse con el violín.

Oyó el traqueteo de una camioneta en la entrada, levantó la vista y vio a un hombre moreno dándole las llaves a un aparcacoches. El hombre abrió la pequeña puerta del asiento trasero y sacó un estuche de violonchelo.

Bueno, joder. Parece que le iba a tocar hacerlo de verdad.

Se levantó para saludar al tal «Alex», y se le paralizaron los músculos al ver a Xander Thorne volverse hacia ella con un estuche de violonchelo colgado de su ancho brazo.

«Alex». Nunca habría imaginado que aquel sería el nombre real de Xander Thorne, pero…

Era más que un violonchelista. Era un artista reconocido. Se lo habían presentado por primera vez el agosto anterior: un gesto de asombro en la primera planta de la sala de conciertos Carnegie Hall y un saludo cortado que la sumió en una espiral de vergüenza durante varias horas. Xander Thorne acababa de incorporarse a la nueva temporada de la Manhattan Pops. Contratarlo había sido más una estrategia de *marketing* que otra cosa. Además de tocar con la Pops, lideraba una banda de cuerdas eléctricas llamada Thorne and Roses, y siempre había dejado claro que era su mayor prioridad. Llegaba tarde a todos los ensayos, incluso faltó a una o dos actuaciones, lo que obligó a que llamaran a sustitutos de urgencia. Ponía los ojos en blanco con cada elección de canciones, gritaba a la sección de violonchelos y nunca hablaba con nadie, salvo con el director o el primer violonchelo, y solo cuando cuestionaba una técnica de arco o un tempo a gritos, orgulloso y arrogante.

También era el violonchelista más alucinante de la generación de Gwen. Había descubierto Thorne and Roses en el instituto y, a partir de entonces, se descargaba religiosamente todas y cada una de sus canciones. Acababa de escucharlo en el Uber, por el amor de Dios. Y no solo le gustaba su banda de cuerdas eléctricas o las fotos que subía a Instagram con el torso desnudo, tampoco podía apartar la vista de él cuando tocaban con la Pops. Se movía con la música, como si no pudiera evitar mezclarse con ella. Su profesora de violín, Mabel, siempre le decía a Gwen que estaba demasiado tensa y que necesitaba fluir más, y le enseñaba vídeos de Hilary Hahn y Sarah Chang, cuyos solos de violín parecían cobrar vida. Pero Gwen era incapaz de sentir la música como ellas. Como Xander Thorne. Era todo demasiado intenso, y ella no sentía con tanta pasión.

A veces podía sentirla cuando Xander Thorne tocaba moviendo su pelo ondulado oscuro de un lado a otro. Se daba cuenta de lo

importante que era que la música fluyera por uno mismo como si fuera agua.

Y ahora él le llevaba un violonchelo a un jardín de una boda de lujo en Nueva Jersey.

Maravilloso.

Gwen se sintió como un conejo ante el cañón de una escopeta mientras él avanzaba por el camino de entrada, dirigiéndose directamente hacia ella, con un estuche de violonchelo en una mano y un portatrajes en la otra. Se detuvo delante de ella y puso sus ojos marrones oscuros en ella.

–¿Necesitabas un chelo?

Era evidente que no la había reconocido. No debería sorprender a nadie, ya que en los ensayos él no socializaba, y a ella se le daba bien mimetizarse con el fondo negro.

–Sí, gracias.

Apartó la mirada de su ceño fruncido y bajó la vista hacia el estuche. Menos mal que no era el violonchelo Stradivarius que usaba con la Pops. Ese debía de valer cerca de un millón de dólares.

Él se arrodilló rápidamente, abrió el estuche y la miró a través de un mechón de pelo oscuro.

–¿Te has olvidado de traer el tuyo?

Al principio, ella no lo oyó, ya que estaba observando el delicado acabado de la madera, que le pareció de un color exquisito para aquel instrumento tan precioso. Él lo levantó por el mástil y se lo tendió, junto con el arco.

–Uf, sí. –Tomó el mástil y sus dedos se rozaron–. No, o sea… –Volvió su mirada hacia su silla, evitando el contacto visual–. Es que me he traído mi violín. Soy… soy violinista.

Se sentó, y justo cuando estaba a punto de colocar la pica del violonchelo en el césped, él se dejó caer allí, justo ante sus pies. Ella le miró, dirigió su mirada a su largo torso y la subió hasta su pecho y sus largos hombros, y finalmente a su rostro ceñudo. El sol estaba justo detrás de él, dándole brillo a su pelo y un aura angelical a su silueta, y al tiempo que a ella le daba un vuelco el corazón, le fastidiaba que todo lo que sucedía aquel día estuviera en su contra.

–¿Tocas el chelo? –le preguntó él.

–Sí –se limitó a decir, y empezó a hojear las partituras desde el

principio, colocando los dedos sobre el diapasón y repasando en su mente, en silencio, la digitación. No pensaba probar las octavas con Xander Thorne delante y a medio metro de ella.

–Eso es para violín.

–Sí, lo sé –siseó–. Soy violinista, ¿recuerdas?

–Entonces, ¿por qué no tocas el violín? –dijo, como si fuera algo tan fácil.

–Porque Sonya, quienquiera que sea, quería un chelo. –Seguía evitando su mirada, deseando que se fuera a otro sitio.

–Sonya es la novia.

Gwen levantó la vista sin querer.

–Ah. –Debería leer más a menudo los correos que Jacob le reenviaba.

La mirada de él se había quedado en sus dedos, y ella los cambió de inmediato para posicionarlos mejor. Nunca había estado bajo su escrutinio. Con la Pops, durante todo el año había visto cómo les fruncía el ceño a los violonchelistas y a los contrabajistas que estaban a su cargo, mientras les daba lecciones con tono aburrido. Pero hasta entonces él no había tenido ocasión de mirarla a la cara, ni a los dedos, ni a sus piernas separadas sujetando el violonchelo…

–¿Piensas estropear esta boda? –preguntó él.

Ella entornó los ojos en su dirección. Ah, sí. Ese era el Xander Thorne al que estaba acostumbrada.

–Gwen es muy buena –intervino Jacob, y Xander se volvió hacia él como si fuera la primera vez que lo veía–. Sabe tocar lo que sea. Es como una niña prodigio.

–Jacob, no… –trató de decir ella, cerrando los ojos.

–Lleva tocando el violín desde los once años –prosiguió, y Xander Thorne miró de nuevo hacia Gwen.

–¿Desde los once? –repitió él con tono burlón–. Impresionante.

Ella frunció los labios. Los verdaderos niños prodigio empiezan a tocar a los tres años.

–Si tanto te importa, ¿por qué no tocas tú? –rebatió ella.

–No puedo. Soy uno de los invitados –se limitó a decir, levantando su portatrajes.

Ella parpadeó en su dirección. Entonces conocía bien a Sonya.

Claro, probablemente conocería a cualquier persona que tuviese una mansión en Nueva Jersey.

–¡Alex!

Uno de los padrinos que se encontraba en el porche saludando a la gente le hizo señas para que se acercara.

Xander Thorne o Alex o quienquiera que fuese le dirigió una última mirada altiva y después se alejó con esas piernas tan largas, subiendo las escaleras de la casa principal de tres en tres.

Puaj, ella ni siquiera soportaba a la gente que las subía de dos en dos. ¿Qué clase de gigante odioso…?

–Gwen, ¿necesitas algo para ensayar?

Se dio prisa y revolvió las páginas de *Jesús, alegría de los hombres*, de Johann Sebastian Bach, la canción elegida por la novia. Por desgracia, como los invitados ya estaban allí, no podía empezar a tocar la equivalente de *Here Comes the Bride*, aunque se puso a ensayar en silencio las canciones de la ceremonia mientras Jacob lo daba todo con *A Thousand Years*.

Cinco minutos antes de que comenzara la boda, Ama se acercó para controlarlo todo.

–Oye –dijo, poniendo una mano amistosa sobre el hombro de Gwen–, sé que probablemente te estés preparando, pero necesito oírte tocar antes de que empecemos. ¿Podrías unirte a Jacob en las siguientes piezas?

Gwen asintió, sabiendo exactamente lo que Ama no le estaba diciendo: «Necesito asegurarme de que de verdad sabes tocar el violonchelo antes de que la novia se ponga a caminar por el pasillo con el sonido de gatos en celo gimiendo de fondo». Buscó las partituras de la música previa a la ceremonia y Jacob recibió la señal, llevando *Can't Help Falling in Love* a término.

Por muy segura de sí misma que hubiese dicho estar hacía media hora, en realidad Gwen tenía miedo del sonido que saldría de aquellas cuerdas. Trató de pensar en lo que Mabel le diría, en cómo se había sentido hacía más de una década, cuando deslizaba por primera vez un arco en su violín.

No le había importado cómo sonaba, solo tocaba. Primera página, después la segunda, y luego otra vez. Y cuando terminó el libro para principiantes, Mabel se encontraba de pie en la puerta, con

la mandíbula floja y los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola como si fuera un fantasma.

–¿No lo he hecho bien? Puedo hacerlo mejor, si me dejas volver a empezar –había tartamudeado la Gwen de once años.

Mabel se estremeció, como si acabara de despertarse. Le pidió a Gwen que volviera a tocar las dos últimas canciones y luego fue a buscar los libros de nivel medio.

Ahora, Gwen miraba las partituras de *Creep*, de Radiohead, una canción muy poco habitual para bodas, sin duda, pero preciosa en instrumentos de cuerda. Y volvió a revivir aquel momento, cuando se limitaba a mirar su libro y a tocar.

Con la dificultad añadida de que estaba convirtiendo mentalmente la música de violín al violonchelo. Claro.

Jacob le preguntó si quería hacer algo distinto a aquellas partituras, pero Gwen negó con la cabeza. Colocó el arco junto a las cuerdas y esperó los primeros compases de Jacob.

No estuvo genial, aunque sí aceptable. Siguió las guías para el arco y las cuerdas entonaron la melodía mientras Jacob tocaba el acompañamiento de acordes rotos por debajo. Cuando *Creep* terminó, Gwen sintió como si se quitase un peso de encima. Era factible. Podía conseguirlo.

Miró hacia el porche trasero y vio a Ama haciéndole un gesto con el pulgar hacia arriba y avisándola de que quedaban tres minutos. Sintió alivio por todo el cuerpo.

Gwen pasó la página de partituras y se rio. *Numb*, de Linkin Park. Otra canción preciosa en instrumentos de cuerda, pero sobre todo una que Gwen se sabía de memoria.

Jacob volvió a marcar los compases iniciales, y Gwen se permitió desviar sus ojos de las hojas, sintiendo la melodía que había gritado cuando era más joven. La canción parecía haber sonado en un bucle constante durante toda su infancia. Su madre gritaba con ella mientras sujetaban peines y espátulas, golpeando ollas y sartenes como si fueran tambores y llevándola en brazos como si estuviera encima del público por el estrecho salón de su apartamento en Queens. A la edad de diez años, Gwen había intentado convencer a su abuelo de que incluyera a Linkin Park en la música del funeral de su padre, pero él se negó.

El recuerdo hizo que le escocieran los ojos y que se le curvaran los labios en una sonrisa.

Aquellas canciones eran poco habituales para una boda, pero prefería tocar *Numb* y *Creep* que canciones tradicionales de amor. Siempre parecía haber algo forzado en las canciones que hablaban sobre estar enamorado. Ella prefería tocar canciones que no fueran de amor. Los arreglos siempre eran mejores.

Jacob tocó las últimas notas de *Numb* mientras los últimos invitados buscaban sus asientos, y ella consultó su teléfono.

Las 16:01 h.

La asistente de Ama les dio la señal y cambiaron a *Jesús, alegría de los hombres*. Era una melodía muy rápida que Gwen había perfeccionado hacía varios años con el violín. En el violonchelo… le estaba costando visualizarlo todo.

–Gwen, ¿estás bien? –le preguntó Jacob–. ¿Prefieres tocar la línea de bajo?

–No, no –respondió ella, con los ojos moviéndose sobre la página–. Puedo hacerlo. Solo baja cinco veces el tempo.

La asistente volvió a hacerles la señal y Gwen levantó el arco. Notaba el cansancio en los músculos de su brazo, ya que no tenía la resistencia adecuada para el violonchelo. Miró a Jacob a los ojos, y ambos sincronizaron sus respiraciones y comenzaron.

Gwen siguió con la mirada fija en las partituras durante los ocho primeros compases. Los deslizó por la página sin respirar, y finalmente se dio un momento para volver a mirar a Jacob cuando hizo un solo en los siguientes ocho. Sus ojos se desviaron hacia la procesión justo cuando Xander Thorne avanzaba hacia el altar con los brazos enlazados con Chelsea, la dama de honor morena. Apenas tuvo tiempo de fijarse en lo bien que le quedaba el esmoquin gris marengo antes de volver a coger el arco y unirse a Jacob.

No estaba contenta con su interpretación. Podría haberlo hecho mucho mejor con algo de práctica. Y trató de no pensar en el hecho de que estaba tocando el violonchelo de repuesto de Xander Thorne. Ni en el hecho de que si hubiera sabido que iba a tener un violonchelo entre las piernas no se habría puesto una falda hasta las rodillas.

El violonchelo de Xander Thorne.

«No, no. No pienses en nada que tenga que ver con Xander Thorne entre tus piernas».

Miró a Jacob, y él le correspondió con un asentimiento cómplice. Mientras miraba las partituras, recordó que había memorizado a propósito la parte del violín para no tener que mirar el libro. Por mucho que deseara tener su violín, todavía podía fiarse de su memoria.

Visualizó las partituras y se dejó llevar, imaginándose a Mabel en la puerta de la sala de ensayo y a su madre cantando canciones de Radiohead sin importarle si estaba diciendo bien la letra. Gwen cerró los ojos y siguió tocando, confiando en sí misma. No abrió los ojos hasta que tocó con su arco el acorde final.

El público estaba de pie, frente al arco floral. La novia ya había llegado al altar. Cuando el cura indicó a todos los presentes que tomaran asiento, ella miró a Jacob y él le devolvió la sonrisa, sacudiendo la cabeza y riéndose en silencio. Supuso que eso significaba que lo había logrado. La adrenalina le inundó las venas, y se sorprendió por el subidón. Era tan diferente tocar sin aquella seguridad. Nunca había experimentado nada parecido cuando tocaba con la Pops, donde todo estaba ensayado, y aunque la música era divertida, estaba perfectamente medida.

Con dedos temblorosos, Gwen pasó la página de la carpeta para partituras a la última canción, observando el solo e imaginándose lo que tenía que hacer. Mucho más fácil que *Jesús, alegría de los hombres*.

Una vez que hubo empezado la ceremonia, levantó la vista y vio a las dos personas más altas que había visto en su vida cogiéndose las manos delante del cura. No es que Gwen fuera bajita, pero es que la novia debía de medir más de dos metros. Parecía incluso más alta que Xander Thorne, que estaba detrás de ella.

Gwen parpadeó. Cuando Xander le dijo que era uno de los invitados de la boda, había sospechado que sería uno de los padrinos. Y la novia tenía a Xander, a Chelsea y a la modelo de pelo rubio en fila detrás de ella, así que estaba claro que lo era. Gwen sonrió. Eso sería lo que algún día tendría que hacer con Jacob a su lado.

Miró a Chelsea de nuevo. Y justo cuando ya se estaba dando por vencida tratando de ubicarla, se dio cuenta de que había reconocido al novio. Era uno de los miembros de la banda de Xander Thorne en Thorne and Roses. Desvió la mirada hacia los invitados

que estaban en las sillas y vio a los otros tres miembros repartidos entre ellos. Se le subió el corazón a la garganta. Si pensó que estaba sorprendida la primera vez que vio a Xander en el Carnegie Hall, eso era otro nivel.

De eso conocía a Chelsea. Siempre aparecía en todas las cuentas de Thorne and Roses en las redes sociales, sacando la lengua en las fotos y uniéndose a la banda en los conciertos fuera de la ciudad. A la gente se le fue la pinza en los comentarios de una foto suya sentada junto a Xander en un *jacuzzi*, preguntándoles si estaban juntos y etiquetándolos todo el rato. Ninguno de los dos llegó a responder.

Gwen miró a Xander y lo pilló mirándola. Tenía una expresión de concentración, sombría.

Ella se sacudió, agachó la mirada hacia el violonchelo buscando si había algo que pudiera haberle molestado a él. ¿Algo de suciedad del césped, mariquitas subiéndose por él, huellas dactilares…? Nada, pero él seguía vigilando con atención su segundo violonchelo favorito.

O posiblemente el cuarto. ¿Cómo iba ella a saberlo?

Vio a Sonya aceptar a Mac como su legítimo esposo. Y se fijó en cómo los ojos de Xander Thorne se deslizaron hacia ella y Jacob más de una vez.

Pero ella no tenía intención de marcharse con su violonchelo. Así que calma, Xander Thorne, ¿o Alex?

Durante el resto de la ceremonia, él siguió mirándola con los ojos tan oscuros como túneles y las manos inquietas delante de él. Se preguntó si las fotografías lo mostrarían con la mirada perdida, distraído.

El ministro los proclamó mujer y marido, en ese orden, y Gwen se preparó, poniendo su atención en *Bad Romance*, de Lady Gaga.

El arco se deslizó por el instrumento para hacer los sonidos que Gaga solía hacer a menudo: «Ra ra ah ah ah-ah. Roma ah ah ah-ah».

Le hizo un gesto de asentimiento a Jacob mientras él efectuaba un *glissando* con las teclas para unirse a ella en un compás.

El público rio al reconocer la canción, y Mac y Sonya se pusieron a bailar en el pasillo. Xander no bailó, sino que dio unos cuantos pasos rápidos y medidos. Jacob y ella continuaron animando la fiesta y después siguieron con otra estrofa y un estribillo antes concluir la canción.

–Se te da bastante bien –le dijo Jacob, señalando con la cabeza el violonchelo.

Gwen sonrió, acariciando el mástil y sintiendo el suave acabado. Era un comentario agradable, pero Jacob no sabía nada sobre instrumentos de cuerda, así que no podía decir si había efectuado bien los arqueos o si no tenía unos buenos callos en los dedos como para poder tocar *Jesús, alegría de los hombres* rápidamente.

Jacob le llevó el estuche del violonchelo y lo dejó abierto. Ella dirigió una última mirada a aquel bonito instrumento antes de guardarlo, y después buscó entre la multitud a algún asistente a quien dejárselo. Había algunos acomodadores que llevaban a los invitados a la zona de recepción al otro lado del jardín, pero ni rastro de Xander Thorne o de algún miembro del personal.

–¿Por qué no voy a buscar a Ama y nuestro dinero mientras tú piensas qué hacer con eso? –sugirió Jacob, señalando el estuche del violonchelo.

Gwen dio unos cuantos pasos, con su violín en una mano y el violonchelo en la otra. Entró en la casa con los ojos muy atentos. Se hizo un hueco entre los camareros y los fotógrafos, intentando maniobrar con sus estuches. En un pasillo vio varias fotos enmarcadas de una adolescente alta encestando un balón de baloncesto. Parecía que aquella era la casa de los padres de Sonya.

Se cruzó con Chelsea, que acababa de salir de un pequeño cuarto de baño.

–¿Qué haces aquí dentro? –le espetó.

Gwen se quedó boquiabierta ante su desplante, y empezó a tartamudear del asombro:

–Lo siento, yo solo… estoy buscando a Xander. Bueno, a Alex. Tengo su violonchelo.

Chelsea frunció el ceño y le respondió:

–Puedes dejarlo arriba, en la habitación de los padrinos. La primera a la izquierda.

Gwen murmuró un rápido «gracias», enfiló el pasillo y vio una escalera circular que subía en espiral hasta un segundo piso. Al llegar arriba, giró a la izquierda y asomó la cabeza en un dormitorio vacío en el que había ropa, zapatos y cinturones tirados por todas partes. Cada rincón estaba lleno de vasos vacíos de *whisky* y frascos de colonia.

Ajá. Claramente la habitación de los chicos.

Gwen situó el chelo cuidadosamente en una esquina segura, lejos de las botellas y cualquier otro tipo de líquido.

Corrió la cortina para mirar hacia la recepción y vio un montón de copas de vino y aperitivos flotando entre la multitud. La comisura de sus labios se le torció en una media sonrisa. Probablemente aquella sería la boda más bonita en la que había estado nunca. La ubicación era preciosa, así como el tiempo y las flores. Ama era una magnífica organizadora de bodas. Y hablando de ella, a Gwen le pareció verla tocándole el culo al altísimo florista detrás de la mesa del *catering*. Él la fulminó con la mirada y después le dio un beso en la mejilla. Gwen soltó una risita.

Echó un vistazo hacia la recepción y vio al teclista y al batería de Thorne and Roses charlando con sus acompañantes. Buscó a Dominic, el violinista de pelo rubio cobrizo, y lo pilló tratando de ligar con la fotógrafa, una chica india alta y despampanante. Si hubiera sabido antes que iba a tocar delante de todos ellos, probablemente habría tenido náuseas durante todo el día. Y aunque se odió por ello, buscó una cabeza de pelo negro mientras se preguntaba qué le habría parecido a Xander Thorne su forma de tocar el violonchelo.

–Pésima afinación.

Se sobresaltó, y entonces lo vio en el umbral de la puerta. Gwen parpadeó al registrar aquellas palabras, y se preguntó qué se suponía que debía responder.

Había algo de tensión en su lenguaje corporal. No tenía las manos en los bolsillos, no estaba con el hombro apoyado despreocupadamente en el marco de la puerta. En vez de eso, tenía las dos manos apoyadas en él, inclinándose hacia la habitación como si acabara de dejarse caer para decirle algo.

Cuando vio que él no iba a añadir ningún otro insulto o comentario, le dijo:

–Gracias por prestarme tu violonchelo. –Y señaló torpemente el rincón en el que lo había dejado.

Él clavó su mirada en ella, y ella casi pudo sentirla en su piel.

–¿Desde cuándo tocas?

–Toco el violín desde los once.

–El chelo, digo –aclaró.

Ella se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

–En realidad, nunca lo había tocado. Tomé algunas clases cuando era pequeña, pero yo toco el violín. –Tragó saliva, apartando la mirada de él.

–No estabas mirando las partituras.

–No –respondió ella lentamente–. Las tenía memorizadas.

–Las tenías memorizadas para violín. –Sus labios se curvaron, como si estuviera a punto de esbozar una sonrisa.

¿Alguna vez lo habría visto sonreír? No lo tenía claro. Pensó que le haría alguna pregunta más, pero después nada. Gwen se movió.

–Gracias otra vez, Xander. –«Ay, Dios»–. Alex. Gracias.

La recorrió con la mirada, y de nuevo esbozó otra media sonrisa.

Muy bien, joder. Ahora sabía que ella sabía quién era él. Bajó la vista hacia la botella de *whisky* medio vacía y en ese momento deseó poder tomarse un vaso. Necesitaba encontrar a Jacob y salir de Nueva Jersey.

Levantó su estuche de violín y se acercó a la puerta que él seguía bloqueando. «Joder, qué alto», pensó. Le había visto tocar sin camiseta –por motivos promocionales, claro– y sabía que bajo aquel esmoquin era exageradamente musculoso y ancho. Estando tan cerca de él, podía notar el olor de su loción *aftershave* mezclado con el de la primavera de fuera. Al no apartarse, ella levantó la vista y lo encontró mirándola como si tuviera preguntas que hacerle atravesadas en la garganta.

–Perdón, ¿necesitas entrar? –le preguntó, refiriéndose a la habitación.

–No.

Su respuesta la paralizó unos segundos. Así que la había seguido. ¿Para… insultarla? ¿O para interrogarla?

Él se hizo a un lado y ella le hizo un gesto torpe con la mano para despedirse, que le rozó el hombro.

El aire era distinto en el pasillo. Bastante más… respirable. Estaba empezando a bajar las escaleras con torpeza mientras sentía que él seguía mirándola, cuando añadió:

–No deberías tocar en bodas.

Ella se detuvo, con un pie flotando en el aire. Notó la furia que crecía en sus entrañas. Ella era violinista, no violonchelista. Él sabía que ella había estado convirtiendo mentalmente todo en un instrumento

desconocido para ella, ¿y aun así tenía la desfachatez de sugerir que ella no estaba hecha para las actuaciones en las que tocaba para complementar sus ingresos?

Lo miró con desprecio y le dijo:

–No suelo hacerlo. –Levantó una ceja con frialdad–. Normalmente toco frente a ti con la Manhattan Pops.

Lo observó con ferviente satisfacción y él frunció el ceño, concentrado, tratando de ubicarla. Ella siguió bajando las escaleras y salió por la puerta principal antes de que él pudiera responder.